

Gracias a este libro es mucho lo que sabemos hoy acerca de la vida cotidiana de las parejas del México decimonónico y es mucho lo que comprendemos de la crisis que sufrió la familia en el tránsito del viejo patrón religioso a la modernidad liberal. Así, lo que esta lectura nos proporciona no es la dramática imagen del fracaso del amor, sino la dura realidad de un mundo cambiante en el que se pretendía que el matrimonio fuera efectivamente el espacio para el amor a costa de otras formas de relación que alguna vez fueron respetadas. En el camino, las mujeres fueron las víctimas, mientras los hombres pudieron disfrutar de nuevas libertades y privilegios.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El Colegio de México

ALBERTO DEL CASTILLO TRONCOSO, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México, 1880-1920*, México, El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2006, 290 pp. ISBN 968-12-1204-5

Un libro atractivo, de lectura fácil y con propuestas accesibles, con necesarias y muy numerosas ilustraciones, que parecen desgranar espontáneamente la serie de propuestas sugeridas en el texto, parece ser una obra sencilla. Pero esta sencillez es fruto de una investigación laboriosa y de un agudo análisis. Porque se apoya básicamente en fotografías y la interpretación de las fuentes fotográficas admite diversas lecturas y exige la aplicación de una mirada profesional. Como advierte el autor, se impone distinguir la mirada del fotógrafo que hace más de un siglo seleccionó el tema, la del público al que iba destinado y la que podemos aplicar hoy, con una intención diferente.

Alberto del Castillo no cae en el recurso fácil de hacer una interpretación de la infancia a partir de las imágenes. Sería muy fácil rebatir sus argumentos, porque las fotografías nunca dan una visión completa del objeto ni tampoco neutral. Desde la elección del sujeto hasta la presentación de su entorno siempre hay una tendencia definida; y ésta respalda los conceptos y las percepciones existentes o que se pretende imponer mediante mensajes subliminales. Son los conceptos y percepciones que se destacan en el libro.

Se presentan fotografías procedentes de diversos fondos, realizadas con variadas intenciones y destinadas a públicos diversos, y dentro de esa diversidad se muestran tendencias coincidentes u opuestas. Como se aclara acertadamente, la fotografía relacionada con los conocimientos médico y científico, según las ideas de evolución y selección, imponen una homogeneidad que responde a la mirada de los expertos, con frecuencia alejada de la realidad. Por otra parte, la fotografía periodística y publicitaria, al servicio de intereses particulares, impone varias posibles lecturas complejas, cuya interpretación depende de proyectos políticos o económicos, de la intención de los patrocinadores y de los gustos de los lectores.

Estas variables, inevitables en el estudio de las imágenes, se insertan en la serie de ideas relacionadas con la niñez, con los conocimientos científicos de fines del siglo XIX y comienzos del XX y con los cambios en la actitud de la sociedad ante los problemas de pobreza y marginación. La asimilación del concepto de infancia, tal como las publicaciones científicas y populares lo exponían, sólo es posible dentro de un contexto definido: el de las premisas positivistas y evolucionistas y el prestigio científico de la experimentación y la comprobación de hipótesis mediante imágenes y signos asequibles por los sentidos. Respondía esta inquietud al surgimiento y avance de la sociología, que describía las sociedades humanas, la pedagogía, que adquirió un renovado

auge, y la psicología, que relacionaba los fenómenos psíquicos con datos fisiológicos. En la nueva atención dirigida a los niños influía sobre todo la filosofía positivista, según la cual todos los fenómenos se explican en términos de materia, fuerza y leyes necesarias. Este materialismo evolucionista influyó en las ideas de Cesare Lombroso, con su estudio de los rasgos fisiopsíquicos como indicadores de tendencias criminales, y la fotografía, según muestra el libro en una llamativa composición periodística, ilustraba la forma en que una intervención quirúrgica en el cerebro eliminaría las tendencias delictivas de un niño cuya fisonomía indicaba la existencia de peligrosas inclinaciones. Por la misma época, respaldada por el prestigio de la investigación experimental, destacaba la definición de Alexander Bain¹ de la llamada “ley biogenética fundamental”, según la cual existe un perfecto paralelismo entre el desarrollo de un embrión y el de la especie a la que pertenece. De ahí la enorme importancia de vigilar a los niños desde la infancia y proporcionarles en la escuela las rutinas y los valores que moldearían sus costumbres.

No hay duda de que estas ideas dominantes en el mundo de su tiempo influyeron en los proyectos del pedagogo Carlos A. Carrillo, quien, en los años de transición del porfiriato al México revolucionario, desempeñó importantes puestos y mantuvo su idea de que el atraso de los pueblos depende de la mala organización e inapropiados métodos de enseñanza. En consecuencia, dedujo que la educación es la base de la grandeza de las naciones.

Al considerar el peso que en la opinión pública pudieron tener estas afirmaciones, se comprende que las fotografías no pudieron quedar al margen de tales tendencias. Es obvio que el empleo de la fotografía como fuente de información es arriesgado y exige el conocimiento de las circunstancias en que se produjo, porque nunca nos da la realidad, sino la imagen que el fotógrafo quiso

¹ *La science de l'education*, París, G. Bailliere, 1879.

captar y, cuando se trata de fotografía publicitaria, la que se espera que provoque la aceptación del público. Para la identificación de la infancia tampoco se puede aplicar un criterio matemático ajustado estrictamente a las edades. La infancia es una construcción simbólica. El nuevo concepto de niñez está unido al sistema educativo moderno (Pestalozzi y Froebel) y se relaciona con la familia moderna. Pero tampoco hay una fecha ni un lugar para el nacimiento y la expansión de la familia moderna.

La búsqueda de antecedentes de la condición de los niños es ardua porque tenemos poca información y la que hay es parcial. Lo que sabemos parece suficiente para compartir la opinión de DeMause, para quien la infancia fue una atroz pesadilla de la que apenas estamos despertando. Porque si bien parecen exagerados, los horrores que relata DeMause llegan a épocas recientes.² La costumbre de abandonar a los recién nacidos, la elevada mortalidad infantil, que no pocas veces podría atribuirse al descuido involuntario o al fatalismo que impedía prevenir accidentes, los métodos pedagógicos basados en la disciplina y la severidad, y la dureza en los castigos de pequeñas travesuras o torpezas, son indicios de que ciertamente la vida de los niños era mucho más dura de lo que podemos imaginar hoy. Aunque no hay noticia de que jamás se aplicara, no deja de ser expresiva la ley incorporada a las Siete Partidas que autorizaba a un padre al servicio del rey a matar y comerse a su propio hijo si se encontraba sitiado por enemigos y en caso de hambre extrema. Los aterradores cuentos en que los niños eran víctimas de canibalismo, podían ser estremecedores para unos niños a quienes parecía posible que sus padres los abandonaran o que alguien los utilizara como condimento del guiso familiar. En todo caso, la falta de afecto contribuía al desarrollo de personalidades inseguras e inclinadas a la violencia.

² Lloyd DEMAUSE, *Historia de la infancia*, México, Alianza Editorial, 1982, pp. 30-96.

Hoy sabemos que el carácter de los adultos se forja en la primera infancia.

Quienes llegaban a la adolescencia en vida de sus progenitores, en una familia con suficientes recursos económicos, podían disfrutar de unos años aceptablemente tranquilos. En la ciudad tendrían acceso a la instrucción escolar y en el campo deberían aprender pronto a realizar tareas a la medida de sus fuerzas, pero lo esencial era que había adultos que los respaldaban. No sentían la menor urgencia por afirmar su independencia cuando en el mundo hispánico debían responder a la pregunta frecuente: ¿Tú de quién eres? En el mejor de los casos el niño era propiedad de sus parientes. Y en la Nueva España, como en todas las provincias del imperio español, la pregunta podía no ser una fórmula convencional, porque no era raro que el hijo de una esclava fuera, efectivamente, propiedad de su padre. La complejidad de los hogares del México colonial influyó indudablemente en la ambigua relación con los niños, ya que convivían legítimos, naturales, adoptados, entenados y esclavos.³ Algo había cambiado la situación a fines del siglo XIX, pero no tanto que se pudieran olvidar los abusos cometidos por los adultos contra los menores ni la ilegitimidad del nacimiento, frecuente, pero condenada por la moral intransigente de la época. Precisamente por los años a los que se refiere este estudio, no sólo el empleo de la fotografía, sino las nuevas concepciones pedagógicas, e higiénicas contribuyeron a formar el concepto de infancia, y éste se asoció con criterios médicos y de salud. En 1882 se reunió el congreso higiénico-pedagógico, en el que participaron conjuntamente médicos y maestros.

Por lo tanto, bien podemos aplaudir la elección de la época de estudio, un momento particularmente crítico en las políticas públicas y en las investigaciones relacionadas con la niñez. Po-

³ Pilar GONZALBO AIZPURU, *Familia y orden colonial*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 286-287.

eos años antes había publicado Charles Dickens (1812-1870) sus novelas en las que los niños, o más bien el sufrimiento de los niños, era el verdadero protagonista. Por las mismas fechas Louise M. Alcott (1832-1888) exponía en forma de relatos juveniles sus propias ideas sobre la formación del carácter y la educación de los niños, y Ellen Key, escritora noruega, publicó en 1900 *El siglo de los niños*, en el que se refería, casi con tono profético, al cambio de actitud hacia la infancia en el siglo XX.⁴ Advertía que en el nuevo siglo los niños se convertirían en el centro del hogar, para ellos se diseñarían muebles, juegos y ropa, y ellos serían más que reyes, tiranos del hogar.

El libro de Alberto del Castillo se inicia con el párrafo dramático de una niña de once años en Sarajevo en 1992, en plena guerra civil. Más allá de la amargura contenida, lo que destaca es la apropiación de una fórmula que pretende sintetizar lo que es la niñez. La frustración por no asistir a la escuela, no tener amigos, no disfrutar de golosinas[...] No hay duda de que esa guerra fue de una crueldad excepcional y que la vida en la ciudad de Sarajevo pudo ser enloquecedora, pero la expresión de lo que la infancia significaba para ella responde a un estereotipo, sin duda asimilado por jóvenes y adultos. Quienes fuimos niños durante una guerra, no nos enteramos de que nos faltaban golosinas y juguetes, que nunca habíamos tenido, disfrutábamos la falta de maestros que nos permitía no ir a la escuela, jugábamos con piñas, frijoles, botones y zapatos, corríamos entre las tumbas del cementerio, y armábamos en nuestra imaginación escenas luminosas del día en que regresaría un padre ausente en una contienda que imaginábamos gloriosa. A pesar de las bombas, de la escasez de alimentos y de la falta total de muchos productos que hoy parecen imprescindibles, no dejamos de ser niños. Pero el autor no pretende establecer una definición de infancia, que de ningún

⁴ Ellen KEY, *El siglo de los niños: estudios*, Barcelona, Henrich, 1960.

modo considera invariable y permanente, sino que se refiere a la “invención del concepto moderno de infancia”.

En busca de los elementos que contribuyeron a esa invención, antes de centrar el estudio en las imágenes fotográficas, Alberto del Castillo presenta la mirada de los especialistas, que fue diseñando el modelo de infancia. La mirada clínica, que utilizó la fotografía como apoyo al diagnóstico y como ilustración necesaria para la información de los estudiantes, y que propuso la existencia de diferencias fisiológicas en la constitución del cuerpo del niño y del adulto. La publicidad de alimentos y productos medicinales pediátricos, que recurrió a la fotografía de niños saludables, rozagantes y alegres para alentar el consumo de jarabes, cereales y productos lácteos. Por cierto que los niños como instrumento publicitario no sólo aparecían en fotografías en la prensa periódica, que es a lo único que se refiere el libro, sino en dibujos y pinturas que los mostraban igualmente satisfechos en carteles y estampas. La imagen es algo diferente, pero el mensaje subliminal el mismo, porque los mensajes iban más allá de la eficacia del producto sugiriendo todo un entorno amable y próspero. La imagen muestra niños imaginarios en situaciones de bienestar y prosperidad inalcanzable. Las fotos no se refieren a la patología, sino al estatus.

La escuela fue escenario de la aplicación de la fotografía al estudio de las características somáticas y psíquicas de los niños y a las expectativas de mejora de la “raza”. Los pedagogos tenían una larga tradición en el estudio del carácter de los niños. Si humanistas como Erasmo o Luis Vives habían recomendado el orden, la disciplina y el rigor, los pensadores de los siglos XVIII y XIX fueron quienes antes que nadie llamaron la atención sobre la especificidad de la infancia y propusieron métodos de enseñanza flexibles, adaptados a la mentalidad y a la sensibilidad de los pequeños. Enrique Rébsamen propuso la “disciplina formal” o ideal, que inculcaba hábitos y valores, ajena al tradicional modelo de disciplina mediante castigos. De modo que los médicos

acudieron a las escuelas, dispuestos a aplicar los métodos científicos más modernos para indagar sobre esas presuntas diferencias y sobre lo que, según sus técnicas de estudio anatómico, podían predecir acerca del futuro comportamiento social de los escolares. Los fotógrafos insistieron en la fotografía infantil porque consideraban que en esa etapa de la vida se podían anticipar los signos de un futuro delincuente y, por tanto, prevenir sus consecuencias. Antes de que el psicoanálisis reforzara la idea de la importancia de la infancia en el desarrollo personal posterior de los individuos, ya los médicos y cirujanos confiaban en la posibilidad de detectar anormalidades mentales en la infancia. Con un diagnóstico temprano, las medidas correctivas o incluso la intervención quirúrgica en el cerebro eliminaría las tendencias agresivas. Éste fue uno de los proyectos del porfiriato en que se aplicaron modelos positivistas. Los médicos rellenaban una ficha por cada niño, en la que incluían datos físicos y referencias del método de observación médica aplicado en las escuelas. Las fotos del “examen médico de los alumnos” se presentaron en exposiciones como muestra de los adelantos en el cuidado de la niñez.

Como sucedía con casi todos los programas “científicos” del gobierno de Porfirio Díaz, también estos estudios tenían un fin pragmático y en esencia político: mostrar la utilidad de la ciencia y el esfuerzo del dictador en el mejoramiento del índice de vida de la población. La prensa dedicó espacio a la campaña médica en las escuelas, destinada a “regenerar” la raza mexicana, que se consideraba “degenerada”. En combinación con las características anatómicas, se tomaba en cuenta el rendimiento escolar y el grado de desarrollo de las facultades mentales. Se formó un concepto de infancia acorde con los paradigmas científicos del momento y se confió en la higiene escolar como vehículo de superación.

Frente a la mirada del médico, pretendidamente objetiva y científica, se generalizó la visión divulgadora de la prensa, que a su vez se inclinaba a favorecer algunas causas sociales. A la di-

fusión de la prensa correspondió la importancia de la figura del reportero y con él la del reportero gráfico. Claro que los recursos técnicos disponibles no permitían elaborar el reportaje con absoluta naturalidad, sino que las escenas se preparaban y componían. Se buscaba un efecto de rechazo o de compasión, de crítica o de admiración. Las fotografías de los pequeños delincuentes no eran típicamente carcelarias, como la ficha policiaca, sino que tenían un contenido implícito, como mensaje para los lectores. Niños serios, con mirada adusta, tenían poco que ver con la imagen de inocencia que se reflejaba en las tarjetas postales. El lector podía interpretar la imagen según el grado de familiaridad que tuviera con esas representaciones; podía captar la ironía, las contradicciones o los elogios implícitos. Los reportajes periodísticos, no sólo retrataban a los niños callejeros sino que procuraban retratar su entorno; así la imagen se vinculaba con un texto de referencia explícito. Se refiere, en particular, al periódico *El mundo ilustrado* que publicó una serie de composiciones fotográficas de niños formando diferentes anécdotas y situaciones.

Ante una sociedad sensibilizada por el reciente descubrimiento de la infancia como etapa de inocencia y convencida del carácter maleable de los pequeños, las imágenes infantiles se convirtieron en el elemento conmovedor que inclinaría las simpatías del público hacia una madre injustamente encerrada o hacia un padre homicida en defensa de su honor.

Más evidentes fueron las motivaciones de las series fotográficas de niños trabajadores. Algunas se referían a la explotación infantil. Los más populares son los "papeleros", voceadores de los diarios. Y fue divulgado el escándalo de las fotografías pornográficas de niños sucios, y desnudos, que no sólo eran ofensivas a la moral del público y a la dignidad de los niños, sino también se consideraban denigrantes para el país.

Cuando se difundieron fotografías de pequeños revolucionarios zapatistas y de mujeres campesinas rodeadas de sus hijos, se

presentó una imagen contradictoria de la rebelión y la miseria. Estas contradicciones permitían lecturas diversas y estaban más cercanas a la realidad y cada vez más alejadas de postulados presuntamente científicos y de juicios de valor.

Al terminar la lectura, como sucede con cualquier otro libro, y más si nos ha seducido la amenidad del texto y el atractivo de las anécdotas, nos preguntamos ¿a dónde nos lleva esta investigación, cuánto sabemos ahora que no sabíamos al comenzar a leer? Y nos encontramos con que el niño fue protagonista involuntario de un proceso modernizador del conocimiento, considerado desde el punto de vista científico y desde la perspectiva divulgadora de la prensa. Claro que los postulados positivistas y los estudios realizados con ayuda de la fotografía no mejoraron la situación de los niños que, en cambio, fueron utilizados como instrumento al servicio de intereses económicos, de aspiraciones políticas o de prejuicios morales. Pero todo ello consiguió llamar la atención hacia la infancia y su carácter específico.

El niño feliz, rodeado de comodidades y el mendigo o el pillo callejero dejaron sus imágenes, pero conservaron sus carencias, sus inseguridades, sus angustias y sus ilusiones, en un terreno al que la cámara fotográfica no pudo penetrar.

Las imágenes y las percepciones relacionadas con ellas crearon una nueva conciencia entre los profesionales y entre los lectores ajenos al tema. Lo que los niños sintieron o pensaron acerca de sí mismos sólo podemos intuirlo a partir de lo que recordaron y contaron al paso de los años. Ellos mismos, al contemplar sus fotografías infantiles, sólo pudieron reconstruir la realidad de los niños que fueron. Finalmente, los adultos somos los primeros y mayores manipuladores de nuestros recuerdos infantiles.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El Colegio de México